

CARLO GINZBURG

Encontrar lo inesperado

Durante el mes de noviembre de 2016, expertos en historia moderna de renombre internacional participaron en el Campus Miguelete de la UNSAM de las jornadas “Encrucijadas del saber histórico”, organizadas por el programa **Lectura Mundi**. De ellas formaron parte Carlo Ginzburg, Roger Chartier, Fernando Bouza Álvarez, Giancarlo Nonnoi y Fernando Devoto, entre otros. A Carlo Ginzburg, a quien la UNSAM hizo entrega del título de doctor *honoris causa*, está dedicado este suplemento.

Ginzburg & Burucúa

Fragmentos editados de la conversación que mantuvieron Carlo Ginzburg y José Emilio Burucúa en la Biblioteca Nacional, en el marco de las jornadas “Encrucijadas del saber histórico”, organizadas por el Instituto de Altos Estudios Sociales, la Escuela de Humanidades y el programa **Lectura Mundi**, UNSAM.

J. E. B.: Teníamos una idea para comenzar: internarnos en Internet. Hasta qué punto la frecuentación de la red y su uso no solamente han cambiado nuestros métodos de búsqueda –la heurística, podríamos decir– sino que también están influyendo en la interpretación, en el despliegue de los sentidos, de los significados que encontramos en las relaciones de los fenómenos entre sí.

Me parece casi trivial decir que Internet ha revolucionado mi vida como investigador, como historiador y como *scholar*. No podría recordar con precisión cuándo una investigación atravesó un punto de inflexión importante gracias a la inclusión de la red entre mis campos de búsqueda. Sí, en cambio, recuerdo muy bien cuál fue el primer *paper* que hice en computadora, allá por el año 87, pero el ingreso a la red fue más espontáneo, era algo que estaba allí y finalmente uno entraba. Y me encontré desde entonces con que comenzaba a realizarse ese sueño de la Ilustración de disponer de una biblioteca universal, que había querido condensarse primero en la *Cyclopaedia* de Ephraim Chambers, luego en la *Encyclopédie* de Diderot y el grupo de Jean le Rond D’Alembert.

Comencé por la búsqueda de libros, pero muy pronto me di cuenta de que no sólo la biblioteca universal estaba formándose allí sino también algo que para mí, como historiador del arte, era todavía más importante: la pinacoteca universal. Muy pronto la cantidad de imágenes que empecé a encontrar en



Foto de Pablo Carrera Oser, Gerencia de Comunicación, UNSAM.

la red terminó en una fascinación y entendí también el concepto del que había hablado Aby Warburg de la buena vecindad y de la vecindad ocasional. Él pensaba en libros que estaban en la biblioteca uno junto al otro, uno buscaba el primero pero encontraba un segundo al lado que no tenía demasiada relación pero le servía para abrir un nuevo frente y quizás para encontrar algún vínculo entre el primero y el segundo. Eso enriquece el horizonte de la búsqueda. Me pasó lo mismo, muy rápido, con las imágenes, porque fue extraordinario poner el nombre de un artista y de una obra para que apareciera la imagen en distintos bancos de datos, y que eso fuera de la mano de otras imágenes con el mismo tema o del mismo artista o de la misma época o del mismo lugar.

En ese sentido, una de las experiencias más ricas fue en torno a un cuadro de Jacopo del Sellaio que encontré en la reserva de la Pinacoteca de Berlín. Un cuadro absolutamente encantador, pintado entre 1480 y 1490, que representa una escena que yo veía por primera vez en mi vida: el encuentro de san Juan Bautista y Jesucristo adolescentes, en un bosque. Encontré ese cuadro y cuando volví a mi casa lo busqué en la red y apareció junto a otro, con el mismo tema, pintado por Ghirlandaio.

La cuestión era increíble porque ese segundo cuadro con el mismo tema, más o menos de las mismas medidas y casi de la misma época, estaba en la misma galería de Berlín de donde yo venía. No lo había visto porque no estaba expuesto, estaba en la reserva. Mi curiosidad creció y consulté los diccionarios iconográficos más tradicionales, como el de Louis Réau o los repertorios que hizo Émile Mâle. Ese tema del encuentro de Jesús y san Juan Bautista no aparecía en ninguno, lo cual hacía más interesante el asunto. Fui a ver en la reserva, por supuesto, el cuadro de Ghirlandaio, y empezó la indagación. ¿Cuál podría ser el significado de ese tema tan extraño? Imaginé que el hecho debía estar mencionado en la gran biografía de Cristo que se frecuentaba a finales del *Quattrocento*, escrita por Ludolfo de Sajonia, que circulaba en toda Europa profusamente. Pero no.

Se decía algo muy interesante y es que san Juan y su madre habían huido a Egipto como consecuencia de la Masacre de los Inocentes, pero que en realidad el santo había permanecido en el desierto poco antes. De manera que ese encuentro en el desierto, dentro de ese marco de lo que podríamos llamar la biografía corriente de Cristo, era una invención. No sabía, en ese

momento, si de Jacopo del Sellaio o de alguien próximo a su círculo.

Él estaba activo en Florencia en los años de la Academia de Ficino, e Internet me recordó los frescos de Ghirlandaio en el ábside de Santa María Novella, que tratan de la vida de san Juan Bautista. En una escena de la vida de san Juan pintada en el fresco, hay cuatro humanistas reunidos bajo el altar donde Zacarías hace el sacrificio. Uno de esos cuatro humanistas es Ficino.

De manera que había una relación muy estrecha entre Ficino y el grupo de Ghirlandaio, lo cual me permitió sospechar que podía haber alguna relación con la obra de Ficino. También Internet me ayudó a encontrar un texto poco frecuentado de Ficino, *De christiana religione*, donde aparece, aunque no de manera explícita, un capítulo dedicado a san Juan Bautista y a su vida de eremita en el desierto, junto con la alusión a un encuentro posible con Cristo antes de que Jesús ingresase a su vida pura, es decir, antes de su bautizo, antes de que el propio san Juan fuera “el Bautista”.

En ese mismo texto, Ficino dice dos cosas: que san Juan Bautista debe ser considerado el último profeta de los tiempos antiguos, el último profeta de Israel antes de Jesús, y que los

musulmanes sienten un gran respeto hacia la figura del Bautista. Lo que se me ocurrió entonces es que ese pequeño cuadro podía inscribirse en una constelación de fenómenos relacionados con esa idea que se alumbra en la Italia de finales del *Quattrocento*, un poco por miedo a los turcos, un poco por un impulso de concordia, que incita a estos hombres a pensar en la posibilidad de un diálogo y de algún tipo de conciliación entre las religiones.

Creo que pude avanzar en la hipótesis de que ese era un tema nuevo de la iconografía que pudo haber interesado en la Florencia que discutía estos temas. Sin embargo, una vez que se disipó la posibilidad de aquella concordia entre las religiones, el tema desapareció. Lo puse entonces en una constelación de fenómenos vinculados con el intento de Pío II, en una presunta carta a Mehmed II de Constantinopla, cuando lo insta a la conversión, a transformarse en un nuevo Constantino para Europa, o con el texto llamado *La paz de la fe*, de Nicolás de Cusa. Ninguna de estas asociaciones habría sido posible sin la ayuda invaluable que me prestó Internet, que me hizo conocer el otro cuadro que existía de ese tema, que me llevó a Ghirlandaio, amplió el horizonte de mi contacto con su figura, y luego me condujo a los libros, que también encontré en Internet, y de allí a la producción de un pequeño texto que también está en la red.

C. G.: Escuché esta apasionante presentación de Gastón [nombre por el que también se conoce al profesor Burucúa] y aprendí como siempre mucho de él. No estaba preparado para ningún tema en particular, por lo tanto, mientras lo escuchaba, pensaba: “Y ahora, ¿qué voy a decir yo?”. El papel que me había preparado es el de un personaje para mí muy querido, el abogado del diablo, que como ustedes saben fue creado por la Iglesia católica para los procesos de canonización a principios del *Seicento*. Cuando los procesos de canonización se empezaron a regular, este personaje era la figura que formulaba preguntas incómodas a quienes apoyaban la canonización. Quería, entonces, hacer de abogado del diablo para Gastón, pero antes debo decir que estoy de acuerdo con lo que él dijo acerca de que Internet es útil para la búsqueda porque multiplica las posibilidades de encontrar lo que no esperábamos encontrar.

Sin embargo, ¿cuál es el precio que pagamos por esta ventaja? Es necesario analizar ese precio, porque se trata de entender cómo podemos utilizar la grandísima riqueza potencial de Internet, pero al mismo tiempo luchar contra los riesgos que esta riqueza nos plantea. El año pasado fui profesor invitado en la Universidad de Chicago y me sorprendió ver que muchos de los estudiantes que participaban de mi seminario hablaban de las imágenes a las que se puede acceder en la red como si fueran *las* imágenes. Yo respondía que no, que son una introducción a algo, y les proponía ver aquello que en ese tesoro de imágenes no podemos entender. En primer lugar, el

formato. Hay una nivelación del formato tal que no podemos entender si el cuadro tiene dimensiones pequeñas o si es de 3 x 5 metros. Tenemos, además, la materialidad del cuadro, el toque, la pincelada: todo esto aparece nivelado en las imágenes digitales, se pierde. La singularidad de la imagen, lo que distingue el cuadro de Jacopo del Sellaio de una copia contemporánea o de una copia tardía, desaparece, pues Internet tiende a presentarnos una imagen empobrecida. A la vez que agranda ampliamente el continente de las imágenes, las empobrece.

No recuerdo el cuadro de Jacopo del Sellaio, pero mientras escuchaba lo que decía Gastón, pensaba en un cuadro con un tema parecido, el del encuentro en un bosque. Proviene también de la Florencia de la segunda mitad del siglo XV y también está en Berlín. Se trata de un cuadro maravilloso de Filippo Lippi, una escena de gran riqueza que se desarrolla en un bosque. No están Juan Bautista ni Cristo, pero está el niño Jesús en su nacimiento. La firma de Filippo Lippi está pintada como en perspectiva sobre una rama y después está esa oscuridad luminosa del bosque. La escena se desarrolla también en una oscuridad luminosa, semejante a la presentada por *La Virgen de las Rocas*, de Leonardo da Vinci. A partir del discurso de Gastón, seguí la idea del encuentro en el bosque.

Cuando voy a los museos –y quizás esta es una experiencia que compartimos–, me detengo frente a un cuadro, lo miro y digo: “Este es el cuadro más hermoso del mundo”. Después avanzo hacia otra sala y frente a otro cuadro exclamo: “¡Este es el cuadro más hermoso del mundo!”. ¿Por qué? Porque existe la idea de que el cuadro crea un mundo que excluye todo lo demás. Escribí algo sobre este tema y allí evocué una frase de Simone Weil que dice: “Cada religión es la única verdadera”. Yo soy ateo, no soy religioso, pero esta frase me parece bellísima; traduje esto a la experiencia de quien mira un cuadro, un río cargado de alegría ininterrumpida.

J. E. B.: Hay una biografía de Jacopo del Sellaio con análisis de los cuadros, ese cuadrito está y el autor remite al cuadro de Filippo Lippi que acabas de mencionar; esa sería la fuente iconográfica de ese bosque, es decir, estamos en el ambiente.

C. G.: Entonces esta conversación funciona. También yo quisiera relatarles una pequeña experiencia de investigación y de búsqueda que hice con Internet a partir de un catálogo electrónico, pero en este caso hablo de textos y no de imágenes. A menudo jugaba con el catálogo electrónico un juego muy sencillo, que consiste en tomar una palabra y plantarla. Buscar, así, por casualidad, al azar, y después reaccionar frente a lo que uno encuentra. Estaba trabajando en un ensayo sobre un capítulo del gran libro *Mimesis*, de Auerbach, sobre Voltaire, sobre esa página extraordinaria donde Voltaire –en las *Cartas filosóficas*– habla de la Bolsa de Londres y dice:

acá el católico, el cuáquero, el judío, cada uno tiene su religión, pero se encuentran después unidos en una feria común que es el mercado financiero. Lo que me sorprendió y afectó mucho fue el comentario que hizo Auerbach en su libro escrito en Estambul (tuvo que huir de Alemania porque era judío) en los años de la guerra. Esta página sobre el texto de Voltaire es un capítulo cargado de admiración, pero al final es como si cayera una sombra –también tiene que ver con una metáfora luminosa–, cuando dice: acá Voltaire usa una técnica de deformación, porque deforma estas figuras. Se trata de un extraordinario pasaje en el cual Voltaire hace surgir su conocida opinión contraria al judaísmo, una especie de caricatura de la figura del judío. Es muy posible que Auerbach reaccionara frente al carácter deformante de la técnica empleada por Voltaire. Mi idea, entonces, fue poner en perspectiva a Voltaire a través de Auerbach y poner en perspectiva también a Auerbach. Utilizo la metáfora de la perspectiva porque Auerbach describió su método como “perspectivismo”.

Ahora bien, mientras estaba trabajando en esto, pensaba que podría usar este juego del catálogo con un texto de Voltaire, para ver qué era lo que resultaba si insertaba en él cada una de las palabras de un pasaje de Voltaire. De ese modo, quizás podría reconstruir el horizonte de sus lectores. Era una idea absurda, porque en realidad hay medios mucho más rápidos para reconstruir el horizonte de los lectores de Voltaire, pero de todas formas empecé por este juego. Entonces, desde el principio del *Tratado de metafísica I*, un bellissimo texto publicado póstumamente, donde Voltaire imagina un ser que viene del espacio, que llega a la Tierra, que empieza a pasear por ella, con unos cabellos como si fueran de lana, negros... está en África... tomo este párrafo y me digo a mí mismo: “Ahora voy a empezar a buscar todas las palabras”.

Empecé con un nombre propio, “Cafre”, porque el ser del espacio llega a Sudáfrica. Busco “Cafre” en el catálogo electrónico, nada. Pruebo con “Cafro”. Siete títulos. Miro: todos desconocidos para mí. Busco el más antiguo, un proyecto de colonización de Cafro en Ámsterdam en 1715. De casualidad el libro estaba ahí, en los estantes. Comienzo a leerlo, me olvido en ese momento de Auerbach y Voltaire, me olvido de todo porque me pongo a seguir esa huella. El autor de este texto se llamaba [Jean-Pierre] Purry, no sabía nada de él, descubrí después que era un suizo de Neuchâtel, un calvinista. Encontré otro escrito, fui a la estación de Neuchâtel y descubrí un monumento del hermano de Purry, que había fundado hospitales y ciudades con el dinero sucio del tráfico de negros en Brasil, del que estaba llena Europa. Sigo entonces esta guía en la biblioteca, el archivo; dos años estuve trabajando en esto y voy a ver la ciudad fundada por Purry en otro proyecto de colonización –el primero había fracasado–, una ciudad que había llamado Purrysburg en Carolina del Sur. Llego, en un bosque veo tumbas,

Ginzburg x Ginzburg

Fragmentos editados de la clase magistral “Los benandanti: cincuenta años después”, dictada por Carlo Ginzburg en ocasión de la entrega del título de doctor *honoris causa* por la UNSAM, el 22 de noviembre de 2016.

Los aniversarios me interesan poco. Aun sin esperar que se cumplieran los cincuenta años, ya había vuelto más de una vez sobre mi primer libro, *I benandanti*, que se publicó en 1966. Esta reflexión reiterada y casi obsesiva nació de un impulso no tanto autobiográfico cuanto metodológico: tratar de entender por qué motivos, conscientes o inconscientes, había tomado las decisiones que me llevaron a escribir ese libro.

Quiero subrayar el elemento inconsciente porque me parece ignorado en una óptica ingenuamente prefreudiana. Lo que hice fue, en realidad, un ejercicio de autoanálisis y también un intento de entender mis reacciones frente a la casualidad, es decir, frente al encuentro inesperado con un documento, un hombre, un detalle quizás marginal. También este es un elemento respecto del cual normalmente se calla cuando se discute cómo nació y cómo se desarrolló una investigación. Contra esta remoción, no me canso de repetir la frase de un gran estudioso, Carlo Dionisotti: “Por simple casualidad, es decir, por la norma que preside la investigación de lo desconocido”. Naturalmente, la casualidad no actúa sola. La persona que hace la investigación está armada de hipótesis, de supuestos y, también, lo quiera o no, de prejuicios. Pero sin esta disposición a reaccionar frente a la casualidad, a lo inesperado, estaríamos condenados a encontrar, como mucho, lo que buscamos y nada más, una perspectiva poco atractiva.

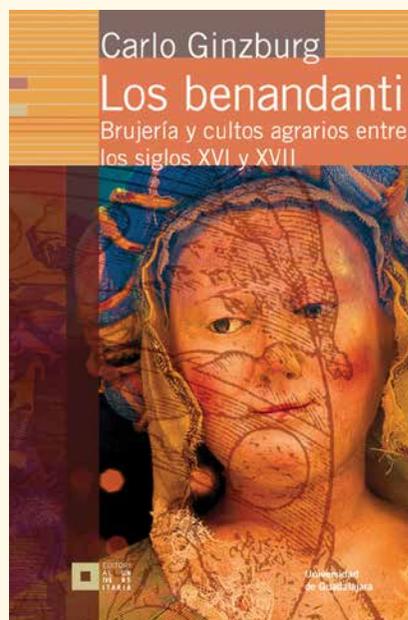
En el otoño de 1958, en Pisa, en la Biblioteca de la Escuela Normal donde en ese momento estudiaba, tomé una decisión. Mejor dicho, tres: que trataría de aprender el oficio de historiador; que me pondría a estudiar los procesos de brujería; que me concentraría no en la persecución como

tal sino en las víctimas, es decir, en los hombres y mujeres acusados de brujería. No sospeché entonces que el tercer punto implicaba grandes dificultades con las cuales tendría que vérmelas a lo largo de los años. El impulso a reflexionar sobre el método histórico, que fue cada vez más acentuado, nació allí, en la decisión paradójica de tratar de aprehender los comportamientos y creencias de las víctimas a través de los archivos de la persecución. ¿Qué había detrás de esa decisión? La respuesta cambió muchas veces. Por largo tiempo pensé que, detrás de ese impulso, había algunos escritos que leí entre los dieciocho y los diecinueve años, *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, *Cristo se detuvo en Éboli* de Carlo Levi, *El mundo mágico* de Ernesto de Martino.

Todo esto es cierto, pero mucho tiempo después apareció un elemento autobiográfico, el recuerdo de la guerra y de la persecución. Como le conté por primera vez en 1982 a mi amigo Adriano Sofri, en el verano de 1944 yo tenía cinco años, estaba escondido con mi madre y mi abuela materna en una colina cerca de Florencia. El lugar donde estábamos se convirtió de improviso en la línea del frente: los alemanes estaban ahí, se estaban retirando. Mi abuela, que era –yo no lo sabía– la única persona no judía de mi familia, me dijo: “Si te preguntan tu nombre, decí que te llamas Carlo Tanzi”. Era –tampoco lo sabía– el nombre de su padre. Ella escribió ese nombre en la primera página de un libro que me estaban leyendo y que tenía por título *El niño más feliz del mundo*. Fue entonces, como descubrí mucho tiempo después, que me convertí en judío.

Cuando me propuse estudiar a las víctimas de la persecución de la brujería, no pensé para nada en mi experiencia infantil. La analogía entre brujas y judíos era inconsciente y surgió de golpe, cuando tenía más de treinta años y llevaba escritos varios libros, en una charla con Paolo Fossati, un historiador del arte que trabajaba en la editorial Einaudi. Él me hizo notar que, para un judío, la decisión de estudiar brujas y herejes era obvia. Esta obviedad, que reconocí como tal de inmediato, me dejó sorprendido. Haberla borrado durante tanto tiempo me pareció increíble. Retrospectivamente, pienso que esa eliminación permitió que la analogía actuara profundamente.

En el nivel consciente, la hipótesis que guio inicialmente mi investigación era distinta (hoy me sorprende su ingenuidad): me propuse estudiar los procesos de brujería del *Cinquecento* como documentos de lucha de clases en un nivel elemental. Detrás de esta hipótesis estaban, por un lado, Antonio Gramsci y la cultura de las clases subalternas, y por otro, Jules Michelet y la imagen romántica



de la bruja como rebelde. Recuerdo que cuando empecé mis investigaciones me encontré con un ensayo de Eric Hobsbawm, aparecido en *Società*, revista del Partido Comunista Italiano, cuyo título era “Per lo studio delle classi subalterne”. Se trataba de una lectura de los cuadernos de Gramsci filtrada por la escuela antropológica de Manchester.

Sólo mucho tiempo después entendería que mi investigación se insertaba en el diálogo entre historia y antropología que empezaba en aquel período y que reveló ser muy fructífero. Me había hablado de Hobsbawm Delio Cantimori, el historiador que tuvo más influencia en mi formación, pero no había leído todavía nada de él. A Cantimori le había contado mis proyectos de estudiar los procesos de brujería. “¿¡También vos!?”, fue su reacción. Me puse muy mal, porque creí que tenía una idea original. Después de arrojar un balde de agua fría sobre mi entusiasmo, Cantimori sacó un libro de viejos apuntes y me incitó a estudiar los procesos de la Inquisición conservados en el Archivo de Estado de Módena. Seguí su consejo y, sobre la base de esos documentos, preparé mi tesis de grado. En Módena encontré un proceso sobre el cual escribí mi primer ensayo (1961); se trataba de un juicio desarrollado en 1519 contra una campesina, Chiara Signorini, acusada de haber hecho un maleficio en contra de la patrona que la había echado de la propiedad donde trabajaba. En ese momento, pensé que había encontrado una confirmación de la hipótesis de la que había partido: la brujería como documento de lucha de clases en un nivel elemental.

Todavía recuerdo el sentimiento de desilusión: una confirmación tan rápida implicaba que la hipótesis era poco interesante. En un primer testimonio, Chiara relató que había hecho ese maleficio en contra de la patrona porque se lo había dicho la Virgen, quien había aparecido frente a ella, hermosa, rubicunda y joven. Pero después de la tortura confesó

que quien se le había aparecido era el diablo. Mi ensayo terminaba así: “El caso de Chiara, incluso en sus aspectos absolutamente individuales, puede asumir un significado de alguna manera paradigmático”. Al releer esta frase, me afectan dos palabras: casualidad y paradigmático. Hoy, esta última me hace pensar rápidamente en los paradigmas de Thomas Kuhn, pero en ese momento, en 1961, *La estructura de las revoluciones científicas* todavía no se había publicado, saldría un año después. Paradigmático significaba para mí ejemplar, un término no justificado por una investigación que todavía estaba en sus inicios.

Hacia 1963, decidí recorrer Italia buscando procesos inquisitoriales y empecé por el fondo del Santo Oficio que está depositado en el Archivo de Estado de Venecia. Me movía a tientas, porque tenía la impresión de haberme quedado sin una hipótesis que guiara mi investigación. Una mañana, encontré en un sobre un documento de pocas páginas, el interrogatorio de 1591 a un campesino que cuidaba ganado en la Latisana llamado Menicchino. Alguien lo había denunciado al inquisidor porque era un *benandanti* –un término que nunca había encontrado en los documentos–. “¿Qué significa *benandanti*?”, había preguntado el inquisidor. El campesino, después de desvariar un poco, le relató que tres veces por año iba en espíritu al campo de Josafat y “tenía miedo y me parecía estar en un terreno grande, hermoso y me sentía feliz, tenía buen perfume y me parecía que veía flores y rosas”. Ahí, los *benandanti*, armados con ramas de hinojo, luchaban contra las brujas. Su patrón le había dicho: “Cuando los *benandanti* vencen, es signo de buena cosecha”.

Otros detalles surgían de ese documento de pocas páginas. Lo leí, pero por la emoción no logré transcribirlos. Salí del archivo y empecé a caminar de un lado a otro a lo largo del lateral de la Basílica dei Frari, fumando un cigarrillo después de otro. Pensaba que la fortuna me había regalado un gran descubrimiento.

Carlo Ginzburg nació en Turín en 1939. Se doctoró en la Universidad de Pisa en 1961 y enseñó, entre otras, en las universidades de Roma, Bolonia y California, y en la Escuela Normal Superior de Pisa, donde es profesor emérito. También ha dictado cursos en Princeton, Harvard, Yale, el Instituto Warburg de Londres y la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. El foco principal de su labor historiográfica ha sido la cultura de la temprana Modernidad europea. Es autor de una multiplicidad de libros, entre ellos: *Los benandanti* (1966), *El queso y los gusanos* (1976), *Pesquisa sobre Piero* (1982), *Mitos, emblemas, indicios* (1986), *Historia nocturna* (1989), *Ninguna isla es una isla* (2000) y el más reciente *Miedo, reverencia, terror* (2008).

no hay nada, la ciudad desapareció; unas pocas tumbas, una placa que dice Purrysburg y nada. Todo destruido. Escribí después un ensayo sobre esto.¹

J. E. B.: Doy otro ejemplo que podría llevarnos a otro horizonte, el de la experiencia religiosa, que tanto tu búsqueda como la mía exploran. Se trata de un trabajo reciente que hicimos con Nicolás Kwiatkowski a partir de una conversación que tuve con unos colegas de India el año pasado, donde salió el tema de qué animales eran símbolos de la humanidad en cada horizonte, el europeo, el latinoamericano, el africano, el de India. Entonces se exploró un poco esa cuestión y recordé un texto de Giovanni Battista Gelli, escrito en 1549, sobre Circe. Gelli era un personaje muy singular, un zapatero sabio y erudito que llegó a ser miembro de la Academia Florentina. Primero escribió *Caprichos del zapatero*, unas historias cómicas, y después este diálogo tan extraño en el que Ulises, cuando decide abandonar las islas de Circe y volver a Ítaca, le pide autorización a Circe para consultar a antiguos compañeros, todos transformados en distintos animales, si alguno quiere volver a ser hombre y acompañarlo en el regreso. Ninguno quiere, salvo el elefante, que responde: “Sí, acepto, porque reconozco en los seres humanos una naturaleza racional que les permite discutir y, así, encontrar el bien, aunque a veces la humanidad se desvíe hacia el mal”. Es el único que se convierte y acompaña a Ulises en su regreso.

Mi idea era que, tal vez, en ese contexto, el elefante pudiera ser un buen símbolo de lo humano. Esto sorprendió mucho a mis colegas de India, que me pidieron que siguiera indagando. De regreso en Buenos Aires, la búsqueda nos llevó a textos de la Patrología donde el elefante aparece, de manera sorpresiva, como símbolo de Cristo.

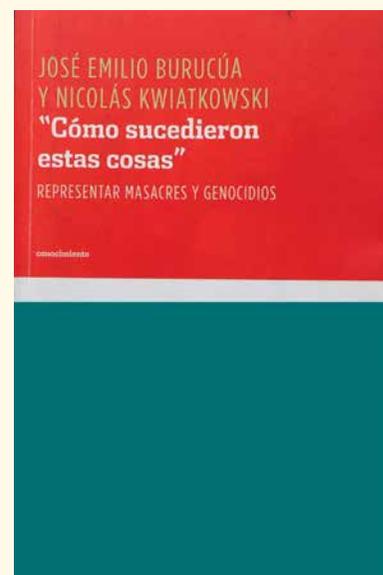
La exploración develó una ristra de textos en los que el elefante es asociado con Cristo, lo cual nos permitió también releer algunas fachadas de catedrales donde aparece misteriosamente un elefante. Hay una pléyade de textos, sobre todo uno muy raro, la *Gesta Romanorum*, del siglo XIV, que servía como fuente de sermones. Algunas historias incluidas en esa colección son leyendas romanas, pero la mayoría son de origen indio.

Entre estos apólogos aparece la historia rara de un rey, dueño de un bosque donde hay un elefante que impide que sus campesinos entren porque le tienen miedo. Alguien le dice al rey que los elefantes (acá hay obviamente una impregnación con la historia del unicornio) se dejan domar por doncellas. Entonces el rey manda a dos muchachas, se desnudan, se ponen a cantar y aparece el elefante. El elefante las acaricia y, arrullado por la melodía de una de las muchachas, se duerme en su regazo. La otra joven saca una espada y le corta la cabeza; lleva la cabeza sangrando al rey, quien se unta con la sangre.

1. Este trabajo está disponible en: <http://www.jcortazar.udg.mx/sites/default/files/GINZBURG.pdf>. [N. del E.]

Ginzburg x Burucúa

Mi primera lectura de su obra fue, por supuesto, *El queso y los gusanos*, en la edición española de Muchnik de 1981, que me prestó Carlos Astarita. No podía creer la maravilla que estaba leyendo, un discurso coherente y desdoblado (aunque pareciera contradictorio) que desenvuelve la vida del molinero Domenico Scandella, llamado Menocchio, y, en paralelo, desprende un nuevo enfoque sobre la Reforma radical, al descubrir el inventario de la biblioteca del molinero; un examen inédito de las prácticas jurídicas e inquisitoriales, al contar los dos juicios de Menocchio; un panorama denso de las relaciones de propiedad y producción en el campo, al explicar el trabajo del molino y la necesidad que tenían sus titulares de comunicarse y hablar con todos los hombres de la aldea. A mediados de la década del ochenta, ya conocía de arriba abajo el estudio sobre los *benandanti* y las creencias campesinas tradicionales en torno a los combates nocturnos de los buenos cultivadores contra los espíritus malvados en defensa de las cosechas; el ensayo acerca de las transformaciones del complejo satánico y el papel de la tortura en su consolidación a finales del siglo XV; la larga investigación del nicodemismo y la literatura panfletaria en tiempos de la Reforma; dos ensayos absolutamente espléndidos, a los que regreso siempre que necesito sacudirme las ideas: la revisión historiográfica de la escuela iconológica de Warburg a Gombrich (un texto de juventud que bien quisiera yo haber concebido en mi vejez), y el escrito más revulsivo y atrapante de Ginzburg sobre el paradigma indiciario y la escritura de la historia (1979). Creo haber leído la *Pesquisa sobre Piero* (della Francesca) tres días después de publicarla (1984) y así siempre, con *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre* (1989), *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia* (2000), *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova* (2000), etcétera.



Mi última lectura de su bibliografía ha sido el capítulo sobre la arqueología del concepto de la *Pathosformel*, que Warburg convirtió en una categoría insuperada de la historia del arte a la hora de dar cuenta de la persistencia histórica de las imágenes en la larga duración; ha sido editado junto con trabajos de Salvatore Settis, Luca Giuliani y Maria Luisa Cattoni en el libro *Tres figuras. Aquiles, Meleagro, Cristo* (Feltrinelli, 2013). Que me una a Ginzburg mi maestro remoto Aby Warburg es una coincidencia feliz en mi vida de lector.

José Emilio Burucúa es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es profesor titular de Problemas de Historia Cultural en la Escuela de Humanidades de la UNSAM. Ha publicado libros y artículos sobre la historia de la perspectiva, las relaciones históricas entre imágenes e ideas, y las técnicas y los materiales de la pintura colonial sudamericana. Sus libros principales son *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la modernidad clásica, siglos XV a XVII* (2001); *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg* (2003); *El mito de Ulises en el mundo moderno* (2013) y, en colaboración con Nicolás Kwiatkowski, *Cómo sucedieron estas cosas. Representar masacres y genocidios* (2014).

Bergoglio, que dijo en una entrevista con un periodista italiano: "Dios no es católico". Cuando vi esto me sentí totalmente desorientado, entonces fui a preguntarle a Google, que me respondió que no se trataba de una invención del papa Francisco sino que había sido pronunciada por otro jesuita, Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, recientemente fallecido. Fue él quien dijo "Dios no es católico" y suscitó, como me di cuenta por Google, una reacción indignada por parte del clero, sobre todo del estadounidense. No es una frase trivial, llega de la Compañía de

Jesús, una extraña institución -lo digo yo, un judío no religioso- que tiene algo de misterioso. Esta compañía que crece con una extraordinaria audacia intelectual es suprimida sobre todo por esas otras audacias políticas que había llevado a cabo en Asia, China, India. La oprimen y resurge con rasgos absolutamente reaccionarios. No obstante, con el pasar de las décadas, el viejo espíritu resurge. Esa tradición, que no estaba garantizada, que desapareció, de a poco resurgió: "Dios no es católico". El futuro nos reserva sorpresas. Buenas o malas, no lo sé...

Hubo enseguida una interpretación cristiana de eso: en realidad el elefante es Cristo, las dos muchachas son Eva y María, y la sangre de Cristo redime y protege al rey. Pero también hay una obvia referencia al mito de Ganesha, el guardián decapitado por un rey que luego este revive a instancias de su esposa, pero con cuerpo de hombre y cabeza de elefante. Nuestra hipótesis es que esta historia llega a Europa desde India y que en Europa se transforma en una suerte de alegoría de Cristo. Nuestros colegas de India están encantados, porque ven allí un embrión de las historias que en India se cuentan alrededor del elefante sacrificado y el reemplazo de la cabeza humana por la cabeza del elefante que, según parece, era un mito muy caro a Gandhi.

Si pensamos que, en el presente, vivimos un fuerte proceso de desecularización y de fortalecimiento de las fes cerradas y enclaustradas, un estudio como este podría contribuir a echar luz sobre el proceso de secularización y de desecularización y sobre los vínculos culturales entre distintas tradiciones religiosas.

C. G.: Mientras escuchaba a Gastón pensaba: "Esta vez no haré de abogado del diablo". Más bien, estoy en una posición que no me esperaba, es como si estuviera viendo ante mí un Google humano. Llegamos a un tema que compartimos profundamente, la secularización. El último libro que escribí se llama *Miedo, reverencia y terror*. Son cinco ensayos de iconografía política. Uno de los temas que recorren estos ensayos, además de una perspectiva explícitamente vinculada con el nombre de Aby Warburg, es el de la secularización.

Vuelvo repetidas veces al tema de la secularización y digo algo quizás trivial: la secularización, por un lado, está bien lejos de haber finalizado, es un fenómeno de larga duración cuyo resultado no está totalmente garantizado. Pero también digo algo que puede ser menos obvio: la secularización invade el campo de la religión y se apropia de sus instrumentos. En el frontispicio de Hobbes es clarísimo: el dios mortal que es el Leviatán, el Estado, tiene en una mano la espada y en la otra el pastoral. Hay un pasaje del *Contrato social* de Rousseau donde dice, con justicia, que Hobbes le da al poder estatal la espada y el pastoral, porque el cristianismo, afirma Rousseau, es incompatible con la construcción de una comunidad recta.

Esta invasión del campo de la religión me parece una característica esencial de la secularización. Esto no justifica en absoluto los horrores que se perpetraron en nombre de las religiones contra la secularización, pero tenemos que mirar a la realidad a los ojos: hay una lucha en curso, esta lucha puede tener armas físicas o armas simbólicas, pero el conflicto existe.

Ahora bien, sobre la regresión de la secularización, tengo algunas dudas. Tenemos que pensar este proceso

como un fenómeno histórico que comenzó hace mucho tiempo, pero que todavía va a seguir quién sabe por cuánto tiempo más. Además, esta apropiación por parte del poder político de los instrumentos de la religión puede tomar formas no tan evidentes, y acá se abre un campo para la reflexión. Estoy pensando en el tema de la manipulación de las masas. La tecnología cambió, pero la idea de controlar a las masas a través de instrumentos que pueden ir desde el sermón hasta la prédica, el teatro, la música, la fiesta, el cine, la televisión, etcétera, se mantuvo.

Ello me empujó a reflexionar sobre esas imágenes de las que les hablé, sobre la iconografía política en un sentido muy amplio. La fuente más inmediata que encontré del afiche de reclutamiento de lord Kitchener que dice "Tu país te necesita", donde lord Kitchener mira al espectador, es un manifiesto publicitario inglés creado pocos años antes de 1914. Allí se ve a un hombre que apunta su dedo hacia el espectador para venderle cigarrillos. En ese manual para publicitarios donde lo encontré, dice -pocos años antes de la Primera Guerra Mundial- que la publicidad debe usar imágenes agresivas, o sea, la visión frontal de la imagen, y además debe utilizar preferentemente el término "tu", como lo hace lord Kitchener con sus voluntarios. Además, la publicidad se ve como un arma, en términos de una guerra comercial que tiene que utilizar los instrumentos de la guerra tradicional. O sea que estamos en la vigilia de la Primera Guerra Mundial y la publicidad se convierte en una publicidad para la guerra. Traté entonces de reflexionar sobre esto, sobre la potencia de las imágenes que nos seducen, que nos dicen "compra", "detente", sobre el poder que tiene la imagen sobre el espectador. Descubrí que detrás de estas imágenes hay, muy a menudo, una raíz que remite a la iconografía religiosa. Y encontré, finalmente, que detrás del afiche de lord Kitchener había también una imagen cristiana, la del Cristo *salvator mundi*.

J. E. B.: Siempre en este horizonte y desde otro ángulo, se me ocurre pensar que también hay graves problemas de la sociedad contemporánea a los que las religiones y, en particular, el catolicismo, están intentando dar alguna respuesta comprensible, global y accesible a la intelección de las masas, cosa que puede no ocurrir desde otros horizontes. Pienso en el riesgo del colapso ambiental y la encíclica, habilísima y muy lúcida, de Francisco (la *Laudato sí*), donde retoma el espíritu franciscano. Frente a esta cuestión del riesgo ambiental que todos los días sentimos, encontramos una posibilidad de respuesta en ese documento. Es probable, luego, que la sociedad secular en estos campos pueda estar un poco atrás de la astucia o de la inteligencia religiosa.

C. G.: Sí, yo también quiero citar una frase de vuestro compatriota, el papa

Staff: Rector: Carlos Ruta. **Director Lectura Mundi:** Mario Greco. **Edición general:** Micaela Cuesta. **Colaboran en este suplemento:** José Emilio Burucúa y Carlo Ginzburg. **Agradecemos a** Nicolás Kwiatkowski, coordinador de las jornadas "Encrucijadas del saber histórico" en homenaje a José Emilio Burucúa.